

LA SEMANA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
SAN MIGUEL, N.º 5

Precios de suscripción e inserción

En España 1'50 pesetas trimestre
En el extranjero 10'00 . . . al año

Comunicados y anuncios a precios convencionales
No se devuelven los originales.

SEMANARIO INDEPENDIENTE

La Fiesta de la Paz

A los marciales acordes de militares trompeterías que interpretan la Marsellesa, mientras se suceden atronadoras las salvas de la artillería que conmueven el espacio y vuelan las campanas con descompasado repiqueteo, el alegre pueblo parisién se desborda en manifestaciones de patriótico entusiasmo y el sentimentalismo francés no descansa en vocingleras expansiones a los gritos frenéticos de ¡Vive la France! ¡Vivent les alliés!... Es el 28 de junio de 1919. Los plenipotenciarios alemanes han firmado el Tratado de Paz en Versalles.

¡En Versalles! ¡La ciudad que inspiró a Felipe V el capricho de San Ildefonso de la Granja; la que recibió en su frontón el célebre juramento de los diputados revolucionarios de la Convención, que escuchó la mágica palabra de Mirabeau; la ciudad de los ensueños; la testigo de escenas de amor de cien reinos y cuna de cien reyes; la que pulsó la citara de mil poetas; el edén platórico de frondosos jardines y fuentes cadenciosas de cuyos lípidos recipientes surgen las ninfas!... ha manchado su gloriosa historia y en los espejos de la Galería del Triunfo se reflejará eternamente la imagen del Consejo de los Cuatro, tétrica, insensible, nacionalizada de un pueblo que sucumbe por delito frustrado de sueños de hegemonía de un hombre que fué su Emperador.

Alemania ha firmado la Paz, *á fortiori*, impuesta por el derecho del más rico; pero a mi obscura intuición se le revela que lo que Muller y Bell han rubricado lejos de ser un contrato de Paz es un contrato de futuras guerras.

A ningún pueblo liberal y progresivo (progresar conservando) puede satisfacer el protocolo de Versalles como estatutos devenideras eras de paz. Cualquiera que con espíritu crítico examine

su esencia, desde el más severo escolástico al más desaprensivo positivista, del Kantiano individualista al socialista falauteriano, observa que no hay principio doctrinal que aconseje la destrucción o inhabilitación del vencido, el aplastamiento y la cautividad de un pueblo rico, intelectual y laborioso por grandes que fueran sus veleidades.

Pero la tragicomedia de Versalles ha finalizado por ahora el derramamiento de sangre y España se asocia humanitaria a la alegría del mundo y expresa su contento. Sin embargo esta manifestación no es del todo sincera; hoy en el horizonte aliado representativo del adelanto y de la democracia hay para España una niebla que le obscurece: Wilson. Aun transitan por los pueblos españoles los inválidos de Cuba; aun permanece vivo el recuerdo de Vara de Rey, Eloy Gonzalo, Cardoso y Villamil; es que no en vano perdió España los últimos restos de su imperio colonial; todavía se estremecen los buenos españoles a los nombres de Cavite, El Caney, Santiago de Cuba y El Baler; es que Sampron y Dewey destruyeron nuestras escuelas; es que también los delegados yankees dijeron a los nuestros en París: «Sino cedéis Filipinas por 20 millones de dollars seguiremos la guerra y nos la apropiaremos»; es que Wilson es sucesor de Mac-Kinley y España no olvida en 21 años la afrenta que le infirió la República Norteamericana engañándola cual avaro padrastro a niña cándida bajo hipócritas pretextos de pacificar nuestra Perla de las Antillas; mientras daba dinero y bastimentos a los filibusteros. Mac-Kinley hirió gravemente a España con ofrecimientos de Paz y Wilson ha triturado a Alemania con el mismo subterfugio y con la misma fórmula diplomática «sino firmáis el Tratado que os imponemos se reanudan las hostilidades».

Cuando España firmó el trata-

do de París se vieron los diseños de los Estados Unidos: la incorporación de nuestras colonias a su metrópoli. Cuando los teutones han firmado el Tratado de Versalles se ha confirmado la finalidad de Vanquilandia, pues cuenta ahora la prensa y luego contará en la Historia que después de firmar Wilson y sus delegados volvieron a sus asientos *sonriendo*. ¿Como traducir la sonrisa de Wilson en momentos tan trágicos? Yo creo que les quiso decir a los allí congregados: llorad unos, alegraos los otros, quedaos todos en paz que yo marché a Washington a prepararos una nueva guerra e intervenir cuando estén todos agotados... y mientras tanto discutiré con Moyan y Vanderviet las cláusulas de la hija de las Naciones.

Hace 96 años un antecesor de Wilson, Monroe dijo: *América para los americanos*. ¿Cuando aparecerá un Monroe europeo que diga: *Europa por y para los europeos*?

Mula, como integrante de la nacionalidad española y para completar con ecuanimidad su carácter de neutral debe, si, sumar su regocijo al de las naciones aliadas, pero no debe olvidar siquiera mentalmente a la República alemana pues que además de la adorada y propia patria España, tenemos todos los hombres otra patria, la Tierra, y en esta hay unos compatriotas que sufren y lloran su desgracia mientras el pueblo parisién se desborda en manifestaciones de patriótico entusiasmo y el sentimentalismo francés se descauza en vocingleras expansiones a los gritos frenéticos de ¡Vive la France! ¡Vivent les alliés!...

JUAN DE LA VILLA.

Encargue usted
sus impresos a la acreditada
IMPRENTA HERRAIZ y ob-
servará la limpieza, economía
y arte con que trabaja

ADVERTENCIA

Después de publicado nuestro extraordinario del día 24 dedicado al insigne historiador don Juan Ortega y Rubio, recibimos los siguientes artículos que por ser fruto de meritisimas plumas, no queremos dejar sin publicar.

**

DON JUAN ORTEGA Y RUBIO

Don Juan Ortega y Rubio tiene en mí uno de sus admiradores mas entusiastas. Le admiro por su constante inquirir, por su vasto saber, por su acertado enjuiciar.

Y le admiro también por su grande amor al trabajo. En cuarenta años de profesorado, nunca faltó a su cátedra.

Ha publicado más de veinte obras históricas, de gran importancia algunas de ellas, y todas reveladoras de acertada orientación y admirable criterio, y con extrañeza se preguntan los doctos cómo un hombre en quien tales circunstancias concurren, no está, desde hace muchos años, ocupando, por su indiscutible derecho, uno de los sillones de la Academia de la Historia.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

POR MULEÑO Y POR DISCÍPULO

Como muleño, no puedo, ni debo, ni quiero excusarme, que mi pueblo es para mí algo tan íntimo y consustancial con mi persona, que con mi pueblo río y con mi pueblo lloro, con mi pueblo quiero y con mi pueblo odio.

Nací muleño, sigo viviendo muleño y muleño quiero morir y si las exigencias de la vida me obligan a vivir separado de Mula, es sólo la materia, que es la que tiene exigencias la que está separada, que mi alma la tengo entre vosotros.

Hace más de treinta años, conocí y traté con intimidad a don Juan Ortega, y no puedo olvidar el interés que mostraba, por saber cosas del pueblo y la complacencia que reflejaba su semblante al escuchar los detalles que yo recién llegado, le daba; a veces, sus preguntas eran tan insignificantes y pueriles, que no alcanzaba a comprender el interés